LA MORTAJA DE POLVO

Alberto de Frutos Dávalos

LA MORTAJA DE POLVO

Alberto de Frutos Dávalos

Avant editorial

Primera edición, abril de 2023
© Alberto de Frutos Dávalos 2023

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com)

Diseño y Edición:
Avant editorial
Avenida de Londres, 6, Portal 1, Ático A,
28500 Arganda (Madrid)
www.avanteditorial.com
info@avanteditorial.com

ISBN: 978-84-19584-77-9
IBIC: FF
DEPÓSITO LEGAL: M-4641-2023

CAPÍTULO I

VIERNES NOCHE

«Las desgracias nunca vienen solas», pensaba Sebastián, la madera ardía en la chimenea. «Las desgracias son ríos ácidos que queman el mar con sus aguas de soledad», meditaba sugestionado por el pálido crepitar de la madera en el fuego. «Desde que murió me ha sido imposible vencer la soledad». Y el rostro de su esposa se aparecía a sus ojos revestido de esa fascinación que lo había empujado muchos años antes a conquistarla, a casarse con ella, a entregarse a ella después de las mil heridas del enamoramiento.

Sebastián se giró en la mecedora para admirar el retrato de Antonia. Se preguntaba cómo era posible que esa lozanía, que esa vida que parecía inmortal el día

de su boda durmiera ahora sobre un lecho de gusanos. Pero era irremediable, por más que quisiera resucitarla con el pensamiento, Antonia seguía en lo más hondo del jardín. A Sebastián solo le quedaba el consuelo de que la voluntad de su difunta esposa de ser enterrada allí se había cumplido.

De vez en cuando, el hombre rezaba sus oraciones frente al túmulo, clavados los ojos en la cruz, aunque hacía meses que no rezaba. De nada le habían servido sus plegarias cuando ella agonizaba en el parto ni después cuando su hija Estrella vio la luz desvaída por la ausencia de la madre, que murió al poco de insuflarle a Estrella su último aliento de vida.

—¡Tienes que vivir! —chillaba la madre sobre las sábanas ensangrentadas—. ¡Tienes que vivir!

Después era el silencio condecorado de gotas de sudor, después era el frenesí del cuerpo en movimiento que se zarandeaba como si quisiera expulsar de sus entrañas la fiebre de alguna enfermedad, después era el silencio más definitivo de la muerte que se entrelazaba con los primeros murmullos de la vida.

De eso hacía veinte años, pero los gritos de Antonia al morir parecían oírse de nuevo en la alcoba donde se le fue la vida. Los vecinos decían que, desde la muerte de Antonia, esa puerta permanecía cerrada, aunque, en los primeros años de vida de Estrella, ese fuera su rincón de juegos preferido. La niña no supo nunca mientras jugaba que ahí había nacido ella

ni supo cómo había muerto su madre. Su padre no quiso exponerla a que pensara que la culpable había sido ella, no porque hubiera culpa alguna, sino porque los niños pueden vislumbrar en su inexperiencia cosas peregrinas.

Pero Estrella había crecido y se había olvidado de los juegos con muñecas para consagrarse a los juegos de la seducción. En el pueblo su belleza era admirada por algunos jóvenes que, hastiados de su vida sin emociones, se aventuraban de vez en cuando en su casa para cortejarla.

El vientre de España había parido en su época de fertilidad a miles de pueblos como aquel, con finos campanarios y aristocráticas cigüeñas, condenados, tarde o temprano, a desaparecer del mapa. De modo que solo cabía soñar para no agobiarse con su insignificancia, porque ese pueblo era insignificante, aunque su cercanía con la ciudad lo salvara de la inercia. A la ciudad se iba por carretera y no había por qué coger el coche o el autobús, los caminantes completaban la distancia, unos siete kilómetros, en poco más de una hora.

Además de salvar al pueblo de su apoltronamiento, la ciudad ofrecía muchas diversiones para los mozos: tiendas de ropa para petimetres, bailes con pistas circulares o cines donde proyectaban películas americanas y francesas tijereteadas por la censura. Para los que ya no eran mozos, esas diversiones no resultaban menos válidas y, no solo eso, desde que el campo había

dejado de ser un negocio redondo y todas las fichas se apostaban al negro de la industria o al rojo de los servicios, muchos agricultores habían buscado las habichuelas en la ciudad, donde se emplearon en ocupaciones diversas, ridículas o disparatadas para ellos, a las que se acostumbraron para subsistir. Tal era el caso de Sebastián, que se había colocado en la empresa de Seguros Salvador.

«La chimenea pide más leña —pensó el hombre—, y más vale entonarse cuando se va a salir al frío de la noche». Al lado del retrato de Antonia, un reloj de pie carraspeaba los minutos con su maquinaria cansada. A menudo se paraba, mohíno, como exigiendo a su dueño que lo exonerara de la carga de sus manecillas. Ahora marcaba las once y la hora era exacta porque Sebastián lo había revisado varias veces a lo largo de ese día.

«Aún quedan dos horas», pensó. Volvió la vista a la chimenea donde la madera, como sus recuerdos, se agitaba en el fuego. Con la distracción, había perdido el hilo de sus pensamientos. «La ciudad, el pueblo... ¡Ah, sí, Estrella!». Se felicitó por haber encontrado el camino de vuelta. Si había algo que lo consolaba, era pensar en su hija, y si algo lo enervaba, era hacerlo en sus pretendientes. Aunque conocía de sobra las intenciones de cada uno, no sabía exactamente qué debía permitir o qué reconvenir en las relaciones de su hija. Era consciente de la madurez de Estrella, pero, como

padre que era, debía defenderla de los que él llamaba, quizá sin razón, aprovechados.

Y si había alguien de quien desconfiaba, ese era el detective y expolicía Domingo Vilero, no porque perteneciera al grupo de los aprovechados, sino porque hacía poco que había llegado al pueblo. En la ciudad vivía, sobre todo, de desenmascarar a infieles y rateros de poca monta. El alcalde lo había llamado unos meses atrás, obligado por los vecinos del pueblo, víctimas de una ola de robos. Y Vilero seguía ahí, como un parásito, hospedado en el hostal de la señora Maruja, con no poca gente a su favor pese a su fracaso para sorprender al ladrón. En cierto modo, sus habitantes se habían acostumbrado al cuatrero y a su perseguidor como la iglesia al campanario y las cigüeñas.

—Qué, Domingo, ¿cómo va la investigación?

—Va —respondía él.

—¡A ver si lo agarra de una vez, que el rapaz sigue suelto! ¡Y eso no se puede consentir! ¡Aquí ni en ninguna otra parte! —se quejaba el vecino.

—Se hace lo que se puede.

—Pues a ver si se hace más de lo que se puede. ¿Cómo vendría una caña?

—Estupendamente —agradecía Vilero.

Para Sebastián, el pasado del detective se reducía a los siguientes números: cincuenta años, tres matrimonios, tres divorcios. Con semejante expediente vital, ¿cómo podía concebir alguna esperanza respecto

a Estrella? Si Domingo visitaba la casa de Sebastián, procuraba hacerlo cuando su propietario no estaba, durante la jornada laboral de este.

Su salario en Seguros Salvador no estaba mal, era aceptable, pero solo se dignaban renovarle en función de las alarmas que vendiera y, si no vendía ninguna, lo ponían de patitas en la calle. «Lo que son las cosas... De chico ganaba con las tierras de mi padre más que el alcalde, pero ahora esas tierras están más muertas que mi padre. Cualquier chiquilicuatro de la ciudad gana más dinero que yo por jugar con su jefe a las cartas o por acostarse con la mostachosa señora de su jefe». Desde que había entrado en Seguros Salvador, el hombre andaba quejumbroso. El cambio se le había hecho intolerable.

«Poca moral queda en el mundo —pensaba—. Si nadie pone remedio, estamos abocados al fin. Ahí está Rafael, que volvió rico de América. Antes no valía nada y ahora no sale a comprar el pan si no es en coche. ¿Cómo habrá hecho su fortuna? Desde luego, solo con la cabeza no ha sido...».

Aunque, cuando miraba a la chimenea, parecía erigirse en garante de antiguos principios morales, después afloraba su comprensión. A Rafael Moraleda, el hombre de la extraña fortuna hispanoamericana, lo conocía desde que era niño. Los regletazos de los maestros fortalecieron sus vínculos entonces; después, cuando falleció Antonia, su amigo fue el primero que

le dio el pésame y, cuando Estrella nació, el primero en darle la enhorabuena fue también él. Sebastián no había podido corresponder a esos detalles, ya que Rafael no se había casado nunca ni tenía hijos. Era tan reservado que, a sus más de cuarenta años, nada cierto se sabía de su vida privada. Por ese motivo, era objeto de muchos rumores. Vivía en las afueras, por el llano del cerro, más allá de las escaleras de la cuesta.

En el pueblo, la maledicencia era el alimento primordial de los que pasaban la cincuentena. Se farfullaba que doña Teresa se veía con chicos de la ciudad cuando pedía que le acercaran al supermercado o a la peluquería; se murmuraba que don Francisco era mariquita; se cuchicheaba que Luis, el panadero, maltrataba a su madre; se comadreaba que la adorable Felisa había envenenado a su primer marido en su viaje de novios a Mallorca. Algunas de esas hablillas eran descabelladas, sin fundamento alguno, pero como los platos del menú diario eran tan insípidos las usaban como aliño. Además, iban acompañadas de cervezas y pinchos en la tasca de Ramiro.

—¿Sabéis quién anda liado con la Juana?

—¿Como que quién anda? ¡Si la Juana es más santa que la Virgen!

—Eso son las apariencias porque liada, lo que se dice liada, anda.

—¿Con quién anda liada la Juana?

El anzuelo, lanzado al mar por la mano inexperta de Felipe, había despertado el interés de la concurrencia.

—Pues... —empezaba Felipe—. Pues... Tengo el gaznate seco. ¿Quién paga la siguiente ronda?

—¡Yo pago!

Y Felipe, inexperto en esas lides pero no tonto, respondía a la pregunta después de haberse zampado los aperitivos del resto: «¡Pues conmigo!». Si lograba evitar los papirotes de los engañados, el éxito era indiscutible. Así, con la guasa, se ascendía en el escalafón de la pequeña sociedad del pueblo.

Sebastián sonrió. Por alguna razón, se había acordado de esa escena. ¿Quién podía creer que ese gañán se entendía con su vecina Juana? Que se pasaba el día en la iglesia o frente al altar doméstico, poniendo caras de fervor religioso. A pesar de los chismorreos, los dimes y diretes, a pesar de la amargura de sus gentes, su pueblo era maravilloso. Tenía cierto encanto que disimulaba sus groserías. Sebastián se arrepintió de sus juicios negativos. Quizá las brasas de la chimenea hubieran endurecido su corazón.

Volvió a mirar el reloj. Las doce. Se levantó de la mecedora. Había disimulado su inquietud hasta entonces, pero esta empezaba ya a manifestarse. Su hija se estaba retrasando. Había ido a la ciudad con unas amigas —«amigas», había dicho ella— y, como era habitual, había quebrantado la promesa de regresar a las

once. Pero que no estuviera en casa a las doce era, si no preocupante, sí inadmisible.

«Tiene el don de la oportunidad. Como no esté aquí dentro de media hora, se va a quedar en la calle porque no se ha llevado la llave». Él no podría abrirle la puerta, ya que, en un rato, no estaría en casa. Debía resolver algo que no admitía dilación. Lo había estado postergando desde el lunes y ya era viernes. Debía hacerlo esa noche. Tenía que hacerlo esa noche. Si no, ¿qué sería de él? ¿Y qué sería de Estrella?

Caminaba nervioso por el salón, con las manos a la espalda. Descorría las cortinas por si la veía llegar, pero por el camino no se veía rastro alguno de su hija, solo la noche, que se cernía sobre el pueblo como una plaga, atemperada por las luces de la casa de la señora Juana, quien permanecía rezando al pie de la cama casi hasta que el gallo cantaba. Risas en la tasca de Ramiro, como una lluvia dudosa, las campanas de una iglesia invisible que no descansaban nunca, como si el badajo lo accionaran ángeles insomnes. Desde su residencia no se divisaba el ayuntamiento, donde dormía Manuela, la mujer del alcalde, que siempre andaba de morros con su consorte. Este, huérfano de caricias, a veces pernoctaba en la pensión de Maruja o en la cabaña deshabitada del pinar. Cuando llegaban las nieves o tenían visita, Manuela le abría las puertas de su hogar, pero siempre dormían en camas diferentes.

El hogar de Sebastián, que había pertenecido a sus abuelos, gozaba de unas vistas magníficas del pueblo. Situado al final del camino, se dominaban las casas de varios vecinos, que se dirían levantadas para su exclusivo solaz. La panadería quedaba un poco más lejos, pero, a decir verdad, en el pueblo no había distancias. ¡Ningún vecino se había muerto de hambre por no poder llevarse un mendrugo a la boca! Los domingos el aprendiz de lechero y ocasional heraldo del alcalde acercaba las botellas a la puerta de las casas, en un carro tirado por dos caballos. Desde luego, no era necesario, pero ese era el arreglo a que había llegado con su patrón para ganarse unas pesetas de más, a saber en pago de qué favor.

Y si las casas de sus vecinos parecían existir solo para que Sebastián las admirara desde el faro de sus ventanas, la que lo cobijaba a él era de las más hermosas del pueblo. Su abuelo, que había arrendado muchas de sus tierras para no tener que doblar el espinazo, fue en su época todo un patricio.

Con lo que sacaba de los cereales, mandó construir una nueva casa a la que puso por nombre Calipso. Afligida sin las reformas necesarias, la ninfa había perdido su lustre, pero su interior con sus cómodas de caoba, sus sillones fraileros, su chimenea y ese reloj de pie de estilo victoriano seguía despertando la admiración de todos y la envidia de algunos. Los dormitorios se sucedían como las tardes de sol en agosto, cinco

piezas nada menos de las que, a la sazón, solo se ocupaban dos.

Sus pisadas resonaban sobre la madera como en las películas de cine negro y esa sinfonía, acompañada del calor sonoro de la chimenea, acabó por hipnotizar a Sebastián, que se apoltronó de nuevo en la mecedora. Fue nada más asentar los brazos cuando los nudillos de su hija latiguearon el portón.

El hombre se levantó con los ojos fijos en el reloj. Las doce y cuarto. Fue corriendo a la puerta, que abrió nervioso. Ahí estaba Estrella, vestida con el abrigo marrón que había pertenecido a su madre, un pañuelo, regalo suyo por su último cumpleaños, anudado al cuello, y unos guantes de cuero en la mano. Sus veinte años se reflejaban en el optimismo ciego de su mirada y, como una bandera movida por el viento, se desplegaban en su sonrisa de inocencia, en esa sonrisa que quería decir: «Sí, me he entretenido, pero ¿qué son unas horas comparadas con la eternidad?».

—Buenas noches, hija, ¿cómo ha ido la fiesta?

—¡Ah, la fiesta! Genial.

—Me alegro. —Confortado por la presencia de su hija, él solo pensaba en los minutos que se escapaban del reloj—. ¿Has cenado?

—Sí, he comido algo por ahí.

—¿Has venido con Ana en el coche?

—No, me encontré con Domingo.

—Ya. —El padre no ocultó su incomodidad. ¡Tres divorcios!—. ¿Y qué se cuenta el señor Vilero?

—Lo de siempre. Ya sabes, manías. Dice que él, cuando se hace café, primero se mete el terrón de azúcar en la boca, pero que, en las cafeterías, por no llamar la atención, se lo toma como todo el mundo. ¿Tú entiendes eso?

—Enigmas del señor Vilero, como lo de sus divorcios.

Cada vez que se le presentaba la ocasión, Sebastián recordaba los divorcios del detective.

—Ya, es mala suerte, ¿verdad? Porque lo que Domingo necesita es casarse cuanto antes. Los que son como él no deberían vivir solos. ¿Qué sería del mundo si no fuera por nosotras, las mujeres?

—La suerte es lo de menos, me temo. Los hombres, hija, se forjan su destino cada día.

—¿Dirías tú que Domingo es una mala persona?

—No, pero sí que me parece poco recomendable.

—Ya, bueno... ¿Qué hora es? —No esperó la respuesta—. ¡Qué sueño tengo!

—La cama nos espera. Descansa, hija, que dormir es la mejor medicina. ¿Saldrás mañana?

—No lo sé.

—Te llamaré a eso de las nueve. Ahora, duerme. Yo leeré un rato antes de ir a la cama.

Estrella entró en la segunda puerta del ala este, donde dormía, y Sebastián esperó sin moverse hasta

que la luz se esfumó bajo la rendija. «Ya se ha acostado. Es ahora o nunca», se dijo y se enfundó el abrigo de montañero que había sido de su suegro.

Abrió la puerta por la que había entrado su hija. El frío de la noche le removió los huesos y las sombras lo colmaron de esa soledad empalagosa que a veces provoca ganas de llorar. Sus pasos no resonaban en el camino como en el suelo de su casa, no había asfalto que lo delatara, sino arena removida, sigilosa, cómplice de su miseria.

Cuando Sebastián salía de caza, es decir, cuando salía a robar, procuraba dejar la mente en blanco. Temía que los pensamientos bloquearan sus acciones y debía estar despejado para atinar con la ganzúa. El camino, oscuro, sinuoso, pasaba por delante de la casa de la señora Juana y las velas rojas de su santuario mudaron la senda en una verbena de colores. La beata seguía rezando por los pecadores del pueblo o quizá por ella misma. Después venía la fonda de Ramiro, que cerraría a las dos para desconsuelo de los borrachines, que siempre pedían la última copa a destiempo. Cuando salía de caza, Sebastián se cuidaba mucho de que lo vieran por ahí a esas horas. Nadie sabía quién era el misterioso ladrón —se decía que venía de la ciudad porque del pueblo no podía ser, en el pueblo se conocían todos como hermanos—, ni nadie debía saberlo nunca.

Había que superar ese obstáculo como fuera, aunque si lo hubieran visto los parroquianos, tampoco habrían sospechado nada con su atolondramiento. Poco después, ya en la Hilera, se hizo el silencio. Varias casas pobres y desatendidas a lo largo de una calle chica, en la que vivían, entre otros, el latero Roberto; José, amante de los caballos que ahora asistía a una marquesa con mansión en la ciudad; las hijas zurcidoras de la difunta Lourdes y el sablista Peres, que se aprovechaba de la caridad de la iglesia, aunque no era el más necesitado de los feligreses.

Tampoco lo vio nadie allí. El camino estaba expedito. Sin embargo, cuando se acercaba a las escaleras de la cuesta, percibió que alguien lo seguía. ¿Quién podía ser? Si alguien lo interceptaba en su deambular, solo cabía regresar a casa con alguna vana excusa. Se dio la vuelta, absorbió el ládano de las jaras y arrimó el oído al camino, como si esperara que alguien, algún espectro del pasado, fuera a salir de los matorrales. Pero el ruido cesó. Tal vez solo hubieran sido sus pasos sobre la hierba o tal vez el miedo, que a veces cruje o gimotea. O quizá, por qué no, Antonia, su mujer, que lo regañaba desde el cielo.

Pudo haberse parado, volver sobre sus pasos y atender a los malos presagios, pero no lo hizo. Por el contrario, enfiló la bajada con el ánimo crecido, como el niño que encara a sus padres cuando cree que la razón lo asiste. Al descender las escaleras de la cuesta,

el rostro de Sebastián parecía decir: «Sea quien sea el que me amenaza, no me da miedo. Lo que hago es necesario».

De nuevo lo golpearon los recuerdos, como antes frente a la chimenea. En su lecho de muerte, cuando la partera había concluido el trajín del alumbramiento, Antonia, agonizante, pidió a su marido que acercara el oído a sus labios. Le dijo: «Tú sabes, cariño, lo que nos hemos querido para llegar a este día, el más feliz de mi vida —con los ojos llorosos, el marido asentía. Lo cegaba el dolor, pero, tras tener al fruto de su amor entre los brazos, era capaz de intuir, fríamente, que en el futuro se sobrepondría a la pena—, y sabes que voy a morir, pero no me importa porque ella vivirá. Haz que viva... Quiérela, que no le falte de nada, Sebastián, que vea las estrellas».

Los escalones eran bastante altos en esa zona. Desde ahí podía ver la casa de Rafael Moraleda, que vivía en el llano, cerca de la hospedería de la señora Maruja, donde dormía Domingo Vilero; del ayuntamiento y del hogar de jubilados donde hasta su cierre por falta de fondos los abuelos habían jugado al bingo y al mus y consumido sol y sombras para tonificarse y transgredir la prescripción médica.

Cuando llegara al jardín de la entrada, los riesgos se multiplicarían. De momento, no había hecho nada de mérito, solo pasear por calles vacías escuchando el rumor de las estrellas o de los fantasmas; pero,

en ese momento, el sigilo era ya forzoso, inexcusable. Cualquier plato caído o el roce con una silla podían ser fatales porque si el dueño de la casa hacía acto de presencia, con el rifle entre las manos, legañoso pero despierto, encomendarse a Dios no valdría para nada.

Seis veces había entrado Sebastián en casas ajenas sin llave ni invitación para explorar los escondites más recónditos de esos nidos. Las seis veces había salido de esas casas ajenas sin llave ni invitación, pero con la faltriquera rebosante de joyas baratas o dinero. De esas seis veces, cuatro fueron con el propietario dentro y, como no pudo penetrar en los dormitorios, apenas si se llevó nada. Fueron las veces en que peor lo pasó, pero en las que, a la larga, pensó con más satisfacción. El resto habían sido desvalijamientos sencillos con igual nocturnidad y alevosía, como el día en que entró en casa de Moraleda unas semanas atrás, pues esa era, en efecto, la segunda vez que allanaba el templo de su amigo.

De esas seis veces estimaba como sus mayores hazañas las dos noches que fue a la ciudad, propagando así el arte de su mágica ganzúa, capaz de violar esas mansiones metropolitanas con sus amos dentro. Y no es que a él le gustaran los riesgos, antes bien los eludía; pero, para que el efecto fuera mayor, superlativo, era mejor que los dueños estuvieran en casa.

Cuando iba al café los domingos a vaciarse mientras se llenaba de vino, sentía deseos de vocear al mundo